

Ya no llovía, aunque las nubes negras amenazaban con más lluvia para la noche. A pesar del mal tiempo, la vida en París no se había detenido, las mujeres y hombres seguían caminando a sus trabajos o a sus citas en los cafés. En medio de la multitud, a Ana Rodríguez se le hacían pesados los escalones del metro Bastille.

Una vez en el exterior, la mujer se tomó unos momentos para recobrar el aliento. Pensó que ya era tiempo de comenzar a ejercitarse y de dejar de fumar. A los sesenta y cinco años ella debería ser capaz de subir una escalera sin sentir dolores en el pecho, se recriminó. Miró la hora y vio que eran las seis y media de la tarde. Tendría que esperar media hora para que Alberto se presentara en el café. «Te espero el martes a las siete de la tarde», le había dicho él por teléfono.

Luego de caminar unas cuadras, llegó al café en que la habían citado, cerca de Place des Vosges. No debió buscar mucho rato, ya que a pesar de no ser francesa de nacimiento, Ana se jactaba de conocer París casi como la palma de su mano.

—“*Le Café Parisien*”, qué nombre tan original para un café en París —se dijo malhumorada. Se sentó, pidió un café al mesero y encendió un cigarrillo. Con impaciencia se percató de que por la prisa se había olvidado su libro en casa. Tendría que esperar observando a la gente pasar. ¡Qué fastidio! Lo único que Ana quería era que el tiempo pasara rápido y terminar la cita cuanto antes.

No soportaba la idea de tener que ver a Alberto después de tantos años. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se habían visto? Había sido en Santiago de Chile, hace más de treinta y cinco años. «¡Treinta y cinco años! Cómo pasa el tiempo», pensó.

Sin querer hacerlo, se dejó llevar por los recuerdos aún frescos de aquella juventud marcada por el amor. Ana aún vivía en Chile cuando conoció a Alberto. Fue él quien la llevó a enamorarse por primera vez, de una forma irreflexiva y pasional. A través de esa relación, los años habían pasado, dejando huellas de tormento, felicidad y pasión. Ana aún recordaba la risa pura de Alberto y la forma en que la besaba al despedirse cada noche.

Eran las seis cuarenta y cinco minutos, Ana encendió otro cigarrillo. ¿En qué momento había terminado todo con Alberto? Los recuerdos aquí se confundían. Ella había dejado a Alberto por otro hombre del cual no estaba enamorada y con quien no

continuó una relación. «Ana, ¡por lo menos dame una razón! ¿No me amas lo suficiente? ¿Acaso nunca me amaste?», le había dicho Alberto, presa de la ira y el dolor. Ana no había sabido dar una respuesta. Se dijo a ella misma que en realidad nunca había estado verdaderamente enamorada de Alberto, y que una relación sería le impediría perseguir sus sueños. Dejó de contestar las llamadas de Alberto, y tiempo después aceptó un empleo de secretaria en París.

Había vuelto algunas veces a Chile, pero solo de visita. Lo había dejado todo atrás, y a pesar de que a veces se propuso volver definitivamente a su país, los años habían transcurrido y nunca regresó. Desde su último encuentro con Alberto que no había vuelto a tener noticias de él, y hasta la semana pasada, él era parte de un pasado que pensaba ya nunca volvería.

El teléfono había sonado después del almuerzo.

— *Allô?*

— Ana, ¿eres tú?

Al escuchar esa voz, Ana no supo qué responder. Fue como si un relámpago cruzara por sus recuerdos dejando abierta una ventana que hacía mucho tiempo que creía cerrada. La atravesó un atisbo de miedo y ansiedad.

— Ana, ¿estás ahí? ¿Eres tú?

— Sí, Alberto. Soy yo.

La saludó afectuosamente, quizás para disimular la incomodidad de esa llamada. Tras un intercambio de preguntas corteses, Alberto le contó que estaba de viaje por negocios, y que la próxima semana pasaría unos días en París. «Me parece que hay ciertas cosas que nunca pudimos resolver. Por favor, de una vez por todas enfrentemos el pasado. Ya somos personas maduras y creo que somos capaces de tomar un café amistosamente recordando viejos tiempos», le había dicho. Ana dudó unos momentos. No quería encontrarse con Alberto. No después de tantos años. Sin embargo, había aceptado. «Te espero el martes a las siete de la tarde», él le dijo. Luego, en un tono que pretendía ser amistoso, añadió: «Esta vez no huyas», y cortó.

Durante días Ana estuvo de mal humor. Le agobiaba la idea de tener que enfrentarse a quien había dejado hace tantos años. Sin embargo, mientras aspiraba el humo de su cigarrillo, tuvo que admitirse a sí misma que sintió cierto alivio al escuchar aquella voz por teléfono. Aún no había olvidado del todo aquella pasión juvenil y el amor que había sentido alguna vez. Aquella llamada fue como si todos esos años de vergüenza y soledad se le vinieran encima, como si todas las veces que

lloró sin saber la razón la encontraran de una vez, precipitadamente. Ahí, sentada en un café, Ana reconoció que nunca había dejado de amar a Alberto, y que muchos años atrás tomó la decisión equivocada. Porque, ¿acaso no seguía amándolo y recordándolo cada noche? ¿Logró aquellos sueños por los que lo había dejado? Había tenido algunos amores fugaces, amantes transitorios, pero nunca había olvidado a Alberto. Tampoco había logrado aquellos sueños ni había logrado tener un buen empleo. Trabajó por treinta años como secretaria, y hace cinco años que se había jubilado. Su vida era monótona y solitaria.

Faltaban cinco minutos para las siete. Ana encendió un nuevo cigarrillo, y la envolvió el nerviosismo y la ansiedad. ¿Qué iba a decirle a Alberto? Se preguntó qué era lo que él buscaba al llamarla, y pensó que quizás no era muy tarde para pedir perdón. «Esta vez no huyas», le dijo él. Ana ya no quería huir.

Dieron las siete, y una nueva esperanza, olvidada hace mucho tiempo, resurgió en Ana. Quería enmendar las cosas, quería decirle a Alberto cuánto lo sentía. Esta vez no iba a huir, y le demostraría que a pesar de que hace treinta y cinco años cometió un error, hoy era una nueva persona, más valiente, más madura. Los minutos pasaban, y conforme crecía la ansiedad de Ana, crecía también la alegría y la liviandad de haberse perdonado después de tantos años.

Dieron las siete y media, y Alberto aún no aparecía. Por momentos la esperanza de Ana flaqueaba, pero resurgía con más fuerza a medida que el tiempo pasaba. La gente iba y venía por la calle volviendo a sus hogares y algunos negocios ya estaban cerrando sus puertas.

«Por favor, que Alberto llegue de una vez», pensó Ana. «Necesito pedirle perdón y demostrarle que estoy dispuesta a enmendar mis errores, necesito demostrarle que ya no soy aquella joven que huyó».

Dieron las ocho. El café ya estaba vacío. De pronto, el mesero se acercó a Ana, quien había encendido un último cigarrillo.

— *Madame*, el café va a cerrar ahora. Le pido que deje la mesa, por favor.

— ¿Por qué? Son recién las ocho —. Ana no quería irse. Alberto llegaría, ella lo sabía.

— Lo siento, *madame*, pero los miércoles cerramos antes.

Ana sintió un frío repentino. ¿Miércoles?

— Debe ser un error, *monsieur*, hoy es martes, estoy segura que es martes. Usted está equivocado, no puede ser miércoles, no lo es, no —. Las últimas palabras ya eran casi un murmullo.

— Hoy es miércoles. Por favor, debo limpiar la mesa.

Ana se levantó, pero ya no pensaba más.

Había llegado un día tarde, y no vería más a Alberto.

Se secó una lágrima que corría por su mejilla, y se alejó caminando lentamente de vuelta a su hogar.